

FERNANDO BARRUFET

Don Jaime de Nevares

El ilustre vecino



Recuerdos sobre la vida del primer obispo de Neuquén
y de los sacerdotes de su primera época

Barrufet, Fernando

Don Jaime de Nevaes. El ilustre vecino. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : PPC Cono Sur, 2014.

224 p. ; 22x15 cm. - (Actualidad)

ISBN 978-987-740-022-9

1. Historia de la Iglesia. 2. Historia Regional. I. Título
CDD 270.098 272

Fecha de catalogación: 3/11/2014

Título: Don Jaime de Nevaes. El ilustre vecino

Autor: Fernando Barrufet

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, enero de 2015

ISBN: 978-987-740-022-9

© 2014, Fernando Barrufet

© 2014, PPC Argentina S.A.

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires • República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

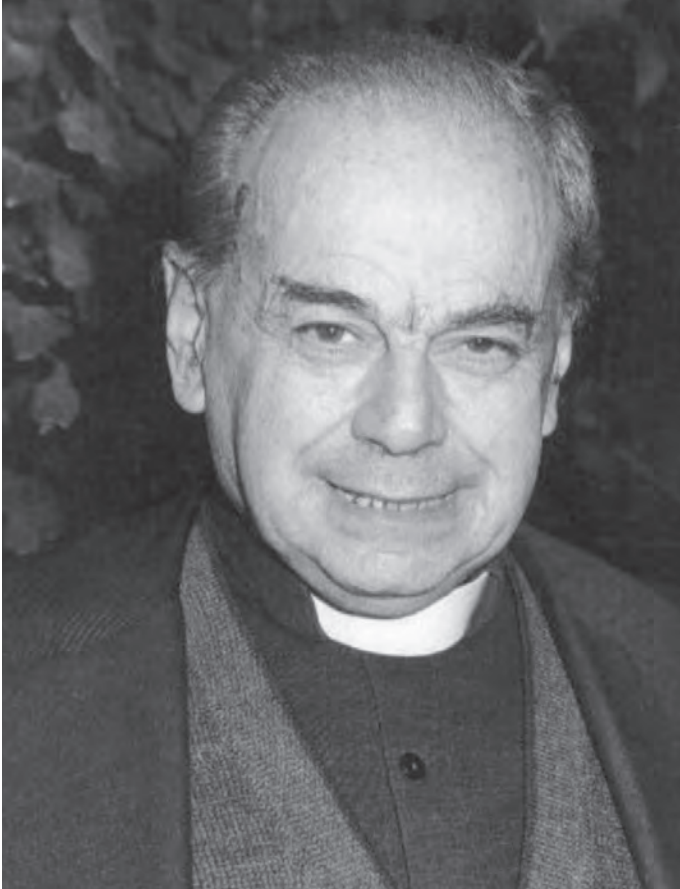
Impreso en Bibliografía de Voros SA, Bucarelli 1160, Buenos Aires, Argentina

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO



Mons. Jaime de Nevares (29 de enero de 1915-19 de mayo de 1995)



Jaime Francisco - Distintos momentos de su vida



*A los compañeros Sacerdotes
que marcaron mi ministerio
con su compromiso de vida.*

AMIGO LECTOR

Estas páginas que están en tus manos son, simplemente, unos apuntes sobre algunos acontecimientos de la vida de Don Jaime de Nevares, el primer Obispo que tuvo la provincia de Neuquén, y los sacerdotes, principalmente los de su primera época.

No se trata de un estudio histórico sino de mis recuerdos tal como los guardo en mi memoria por haber estado presente cuando sucedieron los hechos o, por lo menos, cuando los comentaron ante mí los testigos directos.

Nombro a compañeros sacerdotes y laicos y gente de Neuquén sin modificar sus nombres, porque creo que, de todas formas, para aquellos que llevan años viviendo en nuestra Provincia, serían perfectamente identificables.

Y, si hubiere lectores de otras latitudes, el hecho de que el nombre sea el de pila u otro imaginado no cambiaría el relato.

Después de los libros que, con todo lujo de detalles sobre su vida y su obra, escribió el Padre Juan San Sebastián, que fue secretario, amigo y gran admirador de D. Jaime durante tantos años, este librito te parecerá, sin ninguna duda, muy poca cosa y demasiado subjetivo.

No obstante creo que una visión sobre Monseñor de Nevares y los sacerdotes de su primera época desde los recuerdos de alguien que lo tuvo de Obispo durante veintidós años y vivió más de cinco de ellos en su casa compartiendo la tarea de la atención a la gente durante nueve horas diarias, pasando a máquina sus notas, recibiendo a sus visitas y sentándose a la misma mesa varias veces por día, quizá pueda servir para conocerlo un poco más.

Ahora bien, si realmente quieres hacerte una idea más profunda de este Obispo argentino gracias al cual se llegó a nombrar a nuestra ciudad como la “capital de los Derechos Humanos”, te convendrá leer la publicación que de los comunicados de prensa firmados por él y sus sacerdotes y otros escritos seleccionó Serpac y publicó con el título de: La verdad os hará libres, lo mismo que ver el documental El último viaje, editado después de muchas horas de filmación de diversos momentos de sus últimos años y que D. Jaime permitió resignadamente.

Comencé a escribir estas páginas en un momento muy especial: Cuando nuestro primer Obispo Diocesano tuvo que presentar al Papa la renuncia al gobierno de la Diócesis de Neuquén y estábamos todos, sacerdotes y laicos, sorprendidos por la novedad y con la inquietud de saber quién sería el sucesor y cuándo llegaría.

Pero quedaron guardadas hasta ahora que ya tenemos, desde hace varios años, al tercer sucesor del Obispo de Nevares, Ms. Virginio Bressanelli.

Si me decido a publicarlas es, por un lado, por la insistencia de los amigos que me dicen que siempre escribo páginas y nunca las doy a conocer, (¡y el lector atento descubrirá que lo mismo debiera haber hecho con estos apuntes!); y por otro, porque la figura de D. Jaime de Nevares ha sido muy importante para tantos de nosotros y sólo el recordarlo nos hace bien.

Más allá de los desacuerdos o incluso discusiones que mantuvimos en ocasiones, las diferencias no quebraron los lazos de afecto que nos unieron. Y la objetividad me obliga a reconocer, a pesar de las discrepancias en hechos puntuales, los muchos valores del Evangelio que encarnó en su vida.

También es probable que la acumulación de los años me haya vuelto nostálgico y con ganas de que otros recuerden o conozcan esos tiempos que nosotros vivimos tan intensamente. Creo que algo de esto les ocurre a todos los mayores.

Especialmente quisiera que los jóvenes puedan conocer los primeros años de nuestra Diócesis del Neuquén y a Don Jaime de Nevares, figura señera de nuestra Iglesia y de nuestra Provincia.

Pensando en ellos escribí estas páginas.

P. Fernando

PRESENTACIÓN

EL PERSONAJE

El 19 de Mayo de 1995 moría en la clínica Pasteur de Neuquén, después de una larga internación, Don Jaime Francisco de Nevares, primer Obispo de esta Provincia. Casi veinte años antes se le había declarado un cáncer del que fue tratado en Buenos Aires y quedó tan bien que pudo llevar una vida normal y sumamente activa.

Cuando, por razones de edad, debió presentar al Papa su renuncia al gobierno de la Diócesis y quedó sin las preocupaciones y cargas que ese ministerio exige, la enfermedad pareció resurgir y su salud se fue deteriorando rápidamente.

Su muerte fue muy sentida no sólo en nuestra Provincia sino en el país todo ya que se había hecho conocer por sus luchas a favor de los indígenas, de los obreros y de los desaparecidos durante la última dictadura militar.

A su entierro asistieron, con Obispos de la Argentina, Rabinos, Pastores evangélicos, varios Diputados nacionales y miles de neuquinos venidos de toda la Provincia.

Don Jaime había nacido en Buenos Aires el 29 de Enero de 1915, fiesta, hasta hace poco tiempo, de San Francisco de Sales, de quien fue muy devoto y a quien puso como Patrono de nuestra Diócesis del Neuquén.

Fue alumno de los Hermanos Maristas en Buenos Aires, desde el 4º grado del Primario hasta el 5º año del secundario.

Los grados anteriores los hizo algunos en Francia y otros con una maestra particular, famosa educadora de la burguesía criolla de aquellos años, la Señorita Ernestina Pelaborde.

Se inscribió en la Facultad de Abogacía en 1932, siguiendo una tradición familiar: Abuelo, padre, tíos, abogados. Se recibió de abogado en 1940 mientras trabajaba en el estudio jurídico que su padre había tenido en sociedad con otros prestigiosos profesionales.

Entró al Seminario de los Padres salesianos en 1943 y fue Ordenado Sacerdote en Córdoba el 25 de noviembre de 1951.

Diez años después, el 10 de Abril de 1961, el Papa Juan XXIII creó la Diócesis del Neuquén, separándola de la de Viedma, capital de la Provincia de Río Negro y el 12 de Junio lo eligió para ser el Obispo, ministerio que desempeñó durante casi treinta años.

EL AUTOR DE ESTOS APUNTES

Conocí a D. Jaime Francisco de Nevares en Valencia.

Fue durante las vacaciones de Navidad.

Él volvía de Roma en donde había participado de la Cuarta Sesión del Concilio Vaticano II y de su solemne Clausura, el 8 de Diciembre de 1965, y se hospedó por unos días en el Colegio Santo Domingo Savio donde yo trabajaba.

Una tarde estábamos intentando jugar tenis con otro profesor del Colegio en una cancha improvisada en el frontón y D. Jaime, al escuchar nuestras voces, se asomó a la ventana de su pieza en un segundo piso; nos vio y quiso también jugar.

Él sí sabía hacerlo; nosotros no.

Después de algunas bromas, le pidió la raqueta a mi compañero, se ubicó y sacó con fuerza.

Por pura casualidad le acerté a la pelota, que pasó alta sobre la red y picó casi en la raya, y él quiso contestarla con tan mala suerte que, en un medio giro que dio, se le rompió la bolsa sinovial y su rodilla comenzó a hincharse de inmediato.

Y ahí terminó el partido.

Lo acompañamos a la enfermería y tuvo que quedarse con la pierna en reposo.

Esto motivó que durante un tiempo me hicieran bromas en el Colegio: *"La primera vez que estás con un Obispo y lo dejas lastimado."*

Años más tarde, en Neuquén, me contó que tuvo que seguir rengo el resto de su viaje, que incluía Estados Unidos, a tal punto que ni la genuflexión podía hacer en la celebración de la Misa. Recién se pudo arrodillar en la Fiesta de San Sebastián que se festeja cada año el 20 de Enero en el pueblo de Las Ovejas, al norte de nuestra provincia.

En esa oportunidad conversamos sobre Neuquén y la posibilidad de que yo viniera a integrarme a la Diócesis. Pero no quedamos en nada concreto.

Dos años más tarde me vine a la Argentina para estudiar los cuatro años de Teología de preparación inmediata al Sacerdocio, como

respuesta a la inquietud personal que desde niño había tenido de ser misionero y al llamado que el Papa Juan XXIII había hecho a varios países europeos para que ayudaran con sacerdotes, religiosos y laicos a la Iglesia en América Latina.

Al comenzar mi último año de Teología en el Seminario de Córdoba, le solicité formalmente el ingreso a la Diócesis de Neuquén.

Guardo su carta de respuesta del 12 de Mayo de 1970 en la que me dice: “¡Albricias! ¡Aleluya! Eres neuquino por la Gracia de Dios”.

Dos meses después, en las vacaciones de invierno, vine por primera vez a Neuquén.

Viví esas dos semanas en el Obispado compartiendo la mesa con Don Jaime y los sacerdotes que lo acompañaban.

Visité a todos los Párrocos de la ciudad para conocerlos y que me conocieran.

Y me quedé maravillado por la profusión de alamedas y el aroma característico que producen las chacras que bordean la ciudad; por la fuerza del sol que, al comienzo de la tarde, me permitía salir a caminar por la ciudad con poco abrigo aunque hubiera hielo en las calles; y el cielo tan despejado, brillante y azul.

Una tarde de ese mes de Julio, con la Catedral totalmente vacía y prendidas únicamente las luces del altar, Don Jaime, acompañado por los Padres Juan, Gustavo y Oreste, me dio todas las órdenes menores, desde la tonsura hasta el subdiaconado, que era cuando hacíamos el voto de celibato.¹

Un par de días después, al terminar las vacaciones, regresé al Seminario.

En la mañana del 12 de Diciembre de ese mismo año, una vez finalizados los estudios, llegué a Neuquén con la gran expectativa de saber dónde me destinaría mi Obispo.

Después de haber recibido la ordenación de Diácono en Córdoba de manos del Arzobispo Raúl Primatesta, que poco tiempo después sería nombrado Cardenal, le había escrito una carta manifestándole mis deseos de toda la vida de ser misionero y las ilusiones que abrigaba de ser destinado al trabajo con los Mapuches en algún paraje de la cordillera.

¹ En aquella época, antes del Presbiterado, recibíamos: *La Tonsura* (por la que entrábamos a ser miembros del Clero), el *Ostiariado*, el *Exorcistado*, el *Lectorado*, el *Acolitado*, el *Sub-diaconado* y el *Diaconado*.

Recuerdo que le decía: *“No me importan ni la soledad ni la pobreza.”*

Luego del almuerzo en el Obispado, Don Jaime me invitó a dar una vuelta en su estanciera, una especie de jeep carrozado de color blanco que él apreciaba mucho, para mostrarme los alrededores de la ciudad.

Seguimos por el Oeste la ruta que, saliendo de Neuquén hacia la ciudad de Centenario, da la vuelta por el Dique Ingeniero Ballester, sobre el río Limay, Contralmirante Cordero y Cinco Saltos, para volver a cruzar el río por el puente de Cipolletti.

Era el momento que tanto había esperado.

Pero él me hablaba de la belleza del paisaje, de la labor de los emigrantes italianos y españoles que habían arrancado esas tierras al desierto para convertirlas en este impresionante vergel de huertos de manzanos, perales y durazneros protegidos por altísimos álamos; de la compañía inglesa que había trazado el ferrocarril que nos unía a Buenos Aires; de la construcción del Dique que permitió el riego de toda la región...

Cada tanto yo sacaba el tema que a mí realmente me interesaba:

–Monseñor ¿recibió mi carta?

–Sí, sí.

Y seguía hablando de los canales que habían dado vida al Alto Valle de Río Negro y Neuquén y del lago Pellegrini, que se había formado con los excedentes de agua.

Por fin me decidí a encarar el tema directamente:

–Monseñor ¿ha pensado dónde me va a destinar?

En un momento se desvió a la banquina, paró el motor, me miró fijamente y me dijo:

–He pensado que te quedas en el Obispado como secretario.

He de confesar que la respuesta no me hizo ni pizca de gracia.

Yo ya era diácono.

Él me había fijado ya la fecha de ordenación sacerdotal.

Mi sueño desde niño era ser misionero.

Y me iba a quedar en el Obispado a recibir a las personas que querían entrevistarse con el Obispo, escribir notas, ir al Correo, atender el teléfono, archivar documentos, buscar los diarios y dejárselos ordenados cuando él se iba de viaje pastoral, como me solía recordar cada vez que se ausentaba.

–Monseñor, yo le había pedido ordenarme Sacerdote en Valencia para que puedan asistir mi familia y mis amigos. Incluso mis antiguos alumnos con los que todavía me carteo. No sé si recuerda que le comenté que mi padre está muy delicado de salud.

–No, no. Por razones pastorales debes ordenarte en Neuquén. Serás el tercer sacerdote que recibe la Ordenación en la Catedral, detrás de Juan San Sebastián y de Oreste Tizzani. Además, ya le pedí a un matrimonio valenciano de Alcalalí, los Ferrer, D. José y D^a María Rita, que son de las siete familias fundadoras de la ciudad de Cinco Saltos, que sean tus padrinos.

Al regresar a Neuquén hacia las tres de la tarde, su horario de oficina, me indicó, en el patio del fondo, la habitación donde instalarme en el Obispado.

Desde ese mismo día, festividad de la Virgen de Guadalupe, me uní a la pequeña comunidad que formaba con el Padre Juan, su brazo derecho, y la cocinera de toda la vida, María Huincamán.

Y en ella permanecí durante los cinco primeros años y tres meses de mi residencia en Neuquén.



Mons. Pérez, Mons. Borgatti y Mons. Raspanti en la consagración episcopal de Don Jaime de Nevares

UN ILUSTRE VECINO

El 12 de Junio de 1961 salió desde el Vaticano la confirmación oficial de una noticia que ya se había corrido por diversos lugares y ambientes de la Argentina: El Papa Juan XXIII había nombrado como Obispo de la nueva Diócesis de Neuquén a un Padre Salesiano que era Rector del Seminario que la Congregación de Don Bosco tenía en Viedma.

Neuquén era una pequeña población de alrededor de 12.000 habitantes situada entre el río Limay y el río Neuquén.

El Río Limay nace en el lago Nahuel Huapi y marca, por el lado sur, el límite entre nuestro territorio provincial y el de Río Negro.

Por el norte de la ciudad es el río Neuquén el que nos separa también de la Provincia vecina: Porque ambos ríos van trazando los lados de un triángulo perfecto que se adentra como una cuña en las tierras de la gobernación contigua.

Al llegar al vértice se unen para formar el río más largo que nace en la República y al que llamaron Negro pese al color verdoso de sus aguas.

A causa del río caudaloso se dio el nombre al territorio.

La gran Avenida Argentina que cambia el nombre por Olascoaga en la mitad de su trazado, la corta de norte a sur, desde la barda hasta el río Limay, y las vías del ferrocarril, la ciñen de este a oeste.

Pocas cuadras más abajo está la Ruta 22, y del otro lado surgían en aquellos años el Barrio Nuevo y, casi detrás, el de Villa María, en una isla formada por dos brazos del arroyo Durán lleno de totoras y paraíso de las nutrias. Este barrio estaba unido a la ciudad por dos puentes: el de la Avenida y el de hierro, y tres pasarelas para peatones. Y, a izquierda y derecha, los nacientes Barrios Belgrano, Villa Florencia, Limay y la zona de chacras en la Confluencia de los ríos.

Era la capital de una Provincia que estrenaba hacía apenas cuatro años su condición de Estado autónomo, ya que había sido solamente Territorio Nacional hasta 1957.

En Neuquén había una sola Parroquia que estaba dedicada a Nuestra Señora de los Dolores.

Era un templo pequeño de fachada renacentista rematada por una espadaña con una campana de agradable sonido.

Lo habían bendecido y abierto al culto el 12 de Septiembre de 1907 con la presencia del Gobernador del Territorio Nacional, D. Eduardo Elordi, y el padrinzago de D. Casimiro Gómez y su esposa, D^a Dolores Padilla.

Estaba situado en la Avenida Argentina, que en ese momento existía más en los planos que en la realidad pues recién la comenzaban a trazar. Detrás del Templo, se había ido construyendo una tira de habitaciones con un comedor y una cocina que daban a un patio con hamacas y juegos para los chicos.

Era la casa parroquial destinada a la comunidad salesiana que, desde la fundación de la Parroquia, estuvo generalmente formada por dos Sacerdotes que debían atender la vida cristiana de toda la población.

En ese año en que el Papa creó la Diócesis de Neuquén, uno de los sacerdotes que había en la comunidad salesiana era conocido por todo el pueblo como “el Padre Juan”.

El Padre Juan Gregui era un hombre de estatura mediana, cuerpo robusto, cabello canoso y piel muy blanca. Se sonrojaba con facilidad cuando contaba alguna anécdota humorística y enrojecía hasta el cuello cuando se enojaba por alguna razón. Estaría por cumplir los cuarenta y cinco años.

Dinámico y emprendedor, era capaz de acudir a quien fuera con tal de conseguir ayuda para las obras que se proponía.

Tocaba muy bien el acordeón y el piano y se decía que su afición a la música le venía de familia. De hecho, uno de sus hermanos era un músico muy conocido en la zona.

El Padre Juan incumplía ese dicho de que “no se puede rezar Misa y repicar las campanas al mismo tiempo”: Cuando él celebraba la Misa, era un torbellino que bajaba del altar para tocar el armonio y dirigir así los cánticos; subía al altar para rezar las oraciones; bajaba del altar y se paseaba por el pasillo central para explicar con vehemencia el Evangelio; subía al altar para consagrar con unción el Pan y el Vino ofrecido al Padre Dios.

Fue el Padre Juan la persona encargada de anunciar por radio a la población el nombre del sacerdote preconizado Obispo:

“Se llama Don Jaime Francisco de Nevares y Casares. Pertenece a nuestra Congregación. Es un hombre todavía joven. Hace sólo diez años que lo ordenaron Sacerdote y ha sido Director en Bahía Blanca del Colegio Don Bosco y también del Colegio de la Piedad, de Artes y Oficios, que

es un internado que tenemos para chicos huérfanos. Últimamente tenía el cargo de Rector del Filosofado de Viedma.”

A él le tocó preparar el nacimiento de la nueva Diócesis y la llegada del Obispo, ese *ilustre nuevo vecino* de Neuquén que, con los años, acabaríamos por llamar con su nombre de pila y llegaría a ser considerado “*patrimonio de todo el pueblo neuquino*”². Había que pensar en todo:

- En dónde viviría, pues la Parroquia no contaba con las instalaciones elementales que requiere un Obispado ni lugar, siquiera, para que viviera el Obispo que, seguro, se traería un secretario.
- Una persona que se ocupara de preparar la casa y luego atenderlo: Haría falta un ama de llaves, alguien de confianza.
- Habría que hacer la Catedral.
- Tendría que preparar con tiempo tanto la delegación que iría a Buenos Aires para acompañar al Padre de Nevaes el día de su Consagración episcopal como la recepción en Neuquén, que debería ser muy solemne, cuando viniera para tomar posesión de la Diócesis.

Junto al patio de la Parroquia se había iniciado, tiempo atrás, la construcción de un templo mayor, ya que la ciudad crecía y la capilla de Nuestra Señora de los Dolores era muy pequeña y cada vez cubría menos las necesidades de la población.

Un Párroco anterior, el Padre Antonio Fernández, había encargado el plano de la futura construcción –que se destacaría en toda la Provincia e incluso en el Alto Valle– a un arquitecto de Buenos Aires que soñó un Templo importante por su tamaño y hasta por su estilo: Sería de un sobrio pero elegante gótico normando, externamente de ladrillo a la vista; internamente tendría, en cambio, detalles de cierto lujo como las paredes recubiertas de piedra y abundantes vitrales.

Correspondía que tuviera una torre de gran tamaño para que la Parroquia se ubicara fácilmente desde toda la ciudad.

Cuando expusieron los planos en la cartelera, la comunidad cristiana y la gente de la calle se entusiasmaron con la idea: No podía ser

² Gacetilla Municipal de Neuquén del 26/07/01, con motivo de la instauración del Premio anual “Don Jaime de Nevaes” para las organizaciones no gubernamentales que se hayan distinguido en proyectos de servicio, de desarrollo, de defensa del medio ambiente.

que las poblaciones cercanas –del Valle, General Roca o Villa Regina– tuvieran tan lindas Iglesias, y Neuquén, que iba a ser capital de Provincia, no tuviera más que el pequeño Templo.

Así que un día, con mucha ilusión, se comenzó la obra: Las excavaciones fueron profundas, pues en esta zona no es muy bueno el suelo para construir; los cimientos, con abundante hierro, y por fin, la mampostería.

Pero el dinero se acabó muy pronto y hubo que paralizar los trabajos cuando apenas se veían las paredes a un metro del suelo.

A los Salesianos, como a todos los Religiosos, los cambian con frecuencia de destino de acuerdo a las necesidades que aparecen en los diversos Colegios y Parroquias en las que trabajan. Y el Superior Provincial decidió cambiar al Párroco de Neuquén, y las obras quedaron interrumpidas durante un tiempo.

Pero ahora urgía retomar la construcción para que el nuevo Templo fuera la catedral de Neuquén y el Padre Juan se puso manos a la obra con todo entusiasmo. No se le da el nombre de Catedral a cualquier templo, por grande y hermoso que pueda ser.

En cada Diócesis, hay sólo una Catedral, que es el lugar donde el Obispo tiene su cátedra y enseña al Pueblo de Dios como maestro en la Fe. Aunque normalmente, al frente de esa comunidad cristiana esté un Sacerdote que tiene el cargo de Párroco o Rector.

La consagración episcopal del Padre Jaime Francisco de Nevares se realizó el 20 de Agosto de 1961 en la Basílica de María Auxiliadora de Almagro, uno de los centros más antiguos que tienen los Salesianos en Buenos Aires.

Desde finales del siglo segundo, la Iglesia ha exigido –para que un sacerdote sea hecho Obispo– que sean tres los Obispos que participan en la consagración. Es el candidato quien elige a esos tres Obispos que lo van a consagrar, incorporándolo de ese modo al Colegio Apostólico. Pero debe comunicar previamente los nombres a la Santa Sede para que el Papa dé la autorización y delegue en uno de ellos la misión de recibir la Profesión de Fe y de Obediencia al Sumo Pontífice y a sus sucesores que, en ese momento y delante de todo el Pueblo, debe hacer el candidato.

En aquella época había un Concordato entre la Santa Sede y la Argentina por el cual el Gobierno tenía una cierta injerencia en la elección de los Obispos³.

³ Se llamaba “Derecho de Presentación”. Era un privilegio que los Papas habían concedido a los Reyes de España pero que luego, con la independen-

El proceso era así: La Nunciatura tenía que presentar al Gobierno el nombre de cinco sacerdotes seleccionados; el Gobierno elegía tres y, de esos tres, el Papa nombraba uno.

El nombramiento firmado por el Papa, que viene en un pergamino escrito en latín con las firmas, sellos y lacres correspondientes y se la llama “bula pontificia”, debe ser presentado al Gobierno.

El documento pontificio tendrá validez oficial en este país a partir de la firma de aceptación del Presidente de la República: A ese acto se le llama “dar el pase”.

En el caso de Don Jaime, fue el Dr. Arturo Frondizzi quien dio el pase a la Bula Pontificia de Juan XXIII con la designación del nuevo Obispo.

Una vez consagrado, el Obispo debía prestar juramento de fidelidad a la Patria ante el Gobierno argentino en la sede de la Presidencia de la Nación.

Pero era la Suprema Corte de Justicia la que daba la aprobación correspondiente y fijaba la fecha del juramento.

Con Don Jaime hubo una pequeña demora en ese trámite burocrático porque poco antes un Obispo nuevo se había negado a cumplir esos requisitos.

Pero Don Jaime sentía un gran amor a la Argentina y no tuvo inconvenientes en cumplir las formalidades.

De este modo pudo, finalmente, venir a Neuquén para iniciarse como el Obispo Diocesano el día 30 de Septiembre de 1961.



Con los seminaristas filósofos de la Congregación Salesiana

cia, se arrogaron los gobiernos de los nuevos países latinoamericanos.

EPÍLOGO

Cuando Don Jaime pasó a ser Obispo emérito de Neuquén, recibió varios actos de reconocimiento por la labor desempeñada durante tantos años.

Uno de ellos fue el del Honorable Concejo Deliberante que, en un 12 de Septiembre, aniversario de Neuquén, lo nombró "Vecino Ilustre."

Sin ningún tipo de comentario, dejó en manos del lector la transcripción del decreto de nombramiento:

VISTO:

La Ordenanza 3385 por la cual se instauró a partir del 12 de Septiembre de 1987 el título de VECINO ILUSTRE de Neuquén, coincidente con cada aniversario de nuestra Ciudad Capital; y

CONSIDERANDO:

Que el próximo 12 de Septiembre se cumple el 88º aniversario de la Capitalidad de la entonces Confluencia.

Que el reconocimiento ciudadano que encierra este homenaje se otorga a personas que se hayan destacado en el quehacer humanitario y cultural, habiendo trascendido o no las fronteras de la Patria Chica.

Que es de absoluta procedencia y justicia otorgar el mencionado título a un pastor que nos ha demostrado con su obrar que en su ecuménico cayado caben la Cruz, la Estrella de David, la Media Luna, el símbolo del Yin y del Yang y cuantos otros encierren la voluntad de amar al prójimo.

Que seguramente en sus plegarias DIOS y NGUENECHÉN, son uno solo; demostrando esto no sólo en la oración sino en el accionar de cada día a favor de la justicia, no ya sólo la divina, sino la que necesitamos todos y cada uno, aquí y ahora, en nuestro fugaz tránsito por este grano cósmico llamado Tierra.

Que cuando un pueblo todo conoce y habla de alguien por su nombre de pila, más que nunca se hace cierta la locución latina: *vox populi, vox dei*.

...

Por ello y lo establecido en el artículo 129 inciso c) de la Ley Provincial n° 53 Orgánica de Municipalidades,

El Concejo Deliberante de la Ciudad de Neuquén emite la siguiente declaración

Art. 1º) Declárase Vecino Ilustre de la Ciudad de Neuquén a Don Jaime Francisco de Nevares.

Art. 2º) en ceremonia a realizarse en la sala de sesiones del honorable concejo deliberante el doce (12) de septiembre de mil novecientos noventa y dos, le será entregada al homenajeado una bandeja metálica con la siguiente leyenda: "El Honorable Concejo Deliberante a Don Jaime Francisco de Nevares, Vecino Ilustre de Neuquén. 1992, septiembre 12.

ÍNDICE

Amigo lector	5
Presentación.....	7
1 Un ilustre vecino.....	13
2 El nuevo Obispo llega a Neuquén	18
3 El amor de Cristo nos apremia	26
4 Los canillitas	40
5 Al llegar el tiempo establecido... ..	47
6 De sueños y realidades.....	53
7 “Yo soy de Apolo; yo, de Cefas”	60
8 El día 29 de enero	70
9 Con los obreros	81
10 La huelga de El Chocón	87
11 Una Navidad diferente.....	103
12 El día que Don Jaime durmió la siesta.....	108
13 Un regalazo de Dios	114
14 Un peón de estancia	122
15 Los hermanos chilenos.....	131
16 El Club del soldado.....	140
17 Los gobiernos.....	143
18 Las fuerzas armadas	154
19 La gente de la ciudad	164
20 Buen cristiano y honesto ciudadano	177
21 Epílogo	189